BIBLIOTECA
DE "EL DIARIO DE MURCIA,,
EN OBSEQUIO Á SUS SUSCRIPTORES

CA PRESONA

PA SU ESE

SAINETE ORIGINAL Y EN VERSO

ESCRITO EN LENGUAJE DE LA HUERTA DE MURCIA

POR

JUAN ANTONIO SORIANO HERNANDEZ

Estrenado el 31 de Mayo de 1887 en el Teatro de Romea en la noche del beneficio del tenor cómico D. Pablo Lopez.

MURCIA—1892
IMP. DE «EL DIARIO»,
SOCIEDAD, 10.

2 plays in This volume.
16

Al Sr. D. Andres Baquero Almansa

Mi buen amigo: Soy el primero en hacer público que el presente trabajo no corresponde al elevado puesto que V. ocupa en la república de las letras; pero si se digna aceptarlo como insignificante prueba de sincera amistad, le quedará eternamente agradecido su s. s. y a.,

El Autor.

PERSONAJES.	ACTORES.
La tia Luisa, de 50 años.	Sra. Cecilio.
Fuensanta, de 26. . .	» Brú.
El tio José, de 50. . .	Sr. Lopez, P.
El tio Pedro, de 60. . .	» Lopez, A.
Manuel, de 19.	» Turpin.
Luis, de 26.	» Carrasco.

La escena en la huerta de Murcia en una tarde del verano de 1886.

JUNTA DELEGADA DEL TESORO ARTÍSTICO
Libros depositados en la Biblioteca Nacional
Procedencia
N.º de la procedencia 1486

Decoracion de huerta, á la derecha del actor y en segundo término, la puerta de la barraca ó casa de José. En medio de la escena y junto á la puerta de la casa, un arbol de grandes dimensiones.

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telon aparecen al pié del árbol sentados en sillas, José, Luisa y Fuensanta. El tio Pedro en cuclillas, Manuel tendido boca abajo en el suelo y sosteniéndose la barba con ambas manos. José lee en alta voz, no muy bien. Luisa y Fuensanta cosen ropa blanca y escuchan la lectura, lo mismo que Pedro y Manuel.

JOSÉ. *(Leyendo.)* Yo á nada tengo pavor,
tú eres el más ofendido,
mas si quieres, te convido
á cenar, Comendador.
Que no lo puedas hacer
creo, y es lo que me pesa,
mas por mi parte, en la mesa,
te haré un cubierto poner.
Y á fé que favor me harás.
pues podré saber de tí,
si hay más mundo que el de aquí,
y otra vida, en que jamás,
á decir verdad creí.

724591

Centellas. D. Juan eso no es valor,
locura, delirio es.
D. Juan. Como lo juzgueis mejor,
yo cumplo así. Vamos, pues.
Lo dicho, Comendador.

(Deja de leer.) Fin del acto quinto.

MANUEL *(entusiasmado)* Bien!

JOSÉ. A la noche leeré el sesto
y mañana, si Dios quiere,
posi... lo arrematareмos.

MANUEL. Recontra y qué corazon!
como convía á los muertos
á cenar. Eso es ser hombre.
Leiga V. otra vez eso.

LUISA. No, José. No leyas más,
que de sentirte aboa mesmo,
tengo una ambustia y un ese
que me corre por to el cuerpo,
y me dan vatíos las sienes,
dista allegarme á los sesos.

PEDRO. Pos en letura no es ná,
como le daría á V. mieo,
es si viera V. á D. Juan
Tinorio, de carne y hueso,
en metá de un camposanto
platicando con los muertos.

LUISA. Jesús, María y José. *(santiguándose)*

MANUEL. Es que lo ha visto V., Pedro?

JOSÉ. Y yo. Y cuasiquier presona
caido al Treato que lo han puesto.

PEDRO. Cá vez que lo echan en Murcia
está de gente inda el techo
el Treato.

LUISA. Pos es busto.

MANUEL. Paere, yo voy á ir á vello
la primer noche que lo echen.

JOSÉ. Vais tú y Pedro al gallinero
y por dos reales lo veis.
A Juensanta no la miento
porque ande Luisa no vá
no pue ir ella.

FUENSANTA. Yo ma legro
tambien de no ir á esas cosas.
Cuando hay pastores, ú juegos,
si me llevan, boy á busto.
Pero á ver hombres preversos,
que le pegan á su paere,
y dimpués matan al suegro
porque ripriende una falta,
no es mi busto el ir á vello.

PEDRO. Ca presona pa su ese;
Tinorio era un hombre de esos.
Dios que lo haiga perdonao.

LUISA. Perdonallo Dios? Me pienso
que ese y los que son como ese
irán con Pedro Botero.

JOSÉ. Pos amen de ser tan malo,
tiene un remate mu güeno,
porque D.ª Inés lo salva,
de que caya en el infierno.

LUISA. Es que ese hombre jué á la Gloria?
si lo juras no lo creo.

JOSÉ. Pero ascúchame, mujer.
No dicia aquel misionero
que pedricaba en Jesús,
que dista lo que es veneno
se agüerve miel si Dios quiere
á tocallo con sus deos.
Y pa proballo, añadía:
San Pablo, jué á lo primero
un hombre que no creiba
ni una palabra del Creo

y Dios le atacó en su arma
y es Santo y está en el cielo.
Pos hija, á D. Juan Tinorio
le puo pasar lo mesmo.
¿Y en lo que abora platico
digo bien ó mal, tio Pedro?

PEDRO. Pa mí dista bora dices
la verdá de un avangelio.

LUISA. Pos pa mí, D. Juan Tinorio
está en los puros infiernos.

MANUEL. Y cudiao que era valiente.
Abora ya no tenemos
en el mundo presonajes
de ese arbullo y de ese génio.

PEDRO. No es que arrebajo tu dicho
pero no pienso lo mesmo.
Yo me feguro que hoy dia,
hay hombres, que harian güeno
á D. Juan Tinorio.

MANUEL. Ca.
No hay denguno.

PEDRO. No ha de habellos!
Lo que es que abora no puén.

MANUEL. ¿Por qué?

PEDRO. Por ser otros tiempos.
Si abora D. Juan Tinorio
viviera, y en un convento
de monjas llegara á entrar
con cuasiquier pensamiento;
ú robara á algun vecino
válida solo de un perro,
ú á la autoridá fartara;
si se dijiera á uno ha muerto,
antes de cinco menutos
tenía zaga é su cuerpo
media ocena de ceviles

y cátatelo ya preso.

MANUEL. Los mataría tamien,
pos si á naide tenía mieo.

PEDRO. Que mataría á los ceviles:
me reigo. *(Sonriéndose.)*

JOSÉ. Dices bien, Pedro,
al hombre de mas entrañas,
se le pone un cevil sério
por elante, y ya lo tienes
lo mesmiquio que un borrego.

PEDRO. Un cevil contra paisanos
se atreve aunque sea con ciento.

JOSÉ. Yo digo que los ceviles
son como el tren; en saliendo,
quien quiera atajalle el paso
que se cuente con los muertos.

PEDRO. Vamos, pa saber la juerza
que manda un cevil, ma cuerdo
que en las últimas corrías
de toros, aún mesmo tiempo,
nus queríbamos meter
en la plaza unos seiscientos.
Los unos arrempujaban,
otros decían: «Caballeros!
que se ahoga aquí una zagala
y yo ya estoy medio muerto.»
Este grita, aquel maldice,
el uno pierde el sombrero,
el otro los apargates,
y queriendo ir tos pa dentro,
ni naide tenía pacencia,
ni naide cedía su puesto.
Pos con tuiquio aquel trimulto,
que era á moa de un infierno,
vienen dos guardias cevile
y sin dengun cumplimn

dicen: «Juera! Juera! Juera!
y el que arrempuje vá preso.»
Igual al rico que al probe
le riñian, y nus hicieron
ocho ú diez varas azaga,
pero cómo en un memento.
Y allí, entre tantos, habría
hombres que tendrían su génio
y nenguno dijo *Pío*
ni llo paso, ni no quiero.

MANUEL. Si allí juera estao D. Juan...
PEDRO. Juera obedecío el primero
ú á la Casa de la Parra
va amarrao; es dicir, preso.
JOSÉ Tanimientras que gusotros
platicais mu por lo sério
de cosas que por sabías
á cualsiquiera dan sueño,
yo asina por lo bajiquio,
¡carape! me estoy rillendo
de lo pasmao que está Céuti
durante tó el arto sesto,
que es cuando el Comendaor
va á cenar estando muerto.
MANUEL. Recontra: ¿es que jué el defunto
á cenar?
JOSÉ. ¿Si jué? El mesmo.
Es dicir, la mesma estauta
que era un retrato prefeto.
MANUEL. Y lo recibió D. Juan?
JNSÉ. Con más higaos que un cherro;
y por custion de palabras,
D. Juan Tinorio ya ciego,
echó mano á una pistola.
MANUEL. ¿Pa qué?
JOSÉ. Pa matar al muerto.

LUISA. Y qué pasó? *(asustada)*
JOSÉ. Que la estauta
tomó taibiques adentro
y atravesando paeres,
se jué, sin ná de abujeros.
LUISA. Sería custion de henchizos.
JOSÉ. No lo sé, pero lo cierto
es, que yo paso un güen rato
toas las veces que lo leigo.
PEDRO. Tú como sabes leer
antretienes bien el tiempo
dándole busto á los ojos.
JOSÉ. A los ojos! Y á tó er cuerpo!
Cuando yo leigo una cosa
y me busta, pos si siento
un gozo, que me se estiende
dinda los piés á los sesos.
PEDRO. Tuiquio el que sabe de lletras
tiene un antretenimiento
que pa como está hoy er mundo,
pue selle de gran provecho.
Yo fí tres años á escuela,
y cuando iba conociendo
las lletras, pensó mi paere
inclinarme á basurero:
y aquí me tienes, que de
hortalizas, medio medio,
pero de leer y escribir,
pos si me estorba lo negro.
JOSÉ. Mala accion jué, y que perdone
tu paere que está en el cielo,
quitarte de que aprendieras
la letura. Lo primero
que debe aprender un hombre
es rezar y leer: y luego,
enclinarse aquella cosa

que puea dalle el sustento.

LUISA. Mardita sea la letura,
los libros y los maestros,
que la perdicion de Luis
de hay dimana.

JOSÉ. Por supuesto,
cudiao que eres atascá
más que el barro.

LUISA. No ampecemos
que sabes que toa presona,
(quito tú y el amo nuestro)
que saben lo que ha pasao,
han dicho, que el fundamento
de que Luis sea un hijo malo,
es el estudio que ha hecho.

JOSÉ. Ya se arrematao la paz.

(Todos se levantan, Fuensanta trata de entrar en la casa, pero se detiene en la puerta.

MANUEL. Juensanta, aspera un memento.

LUISA. Esta en sentir hablar de él...

FUENSANTA Tia, me voy á otro puesto.
Yo que solo soy su prima...

MANUEL Y novia... *(burlándose)*

FUENSANTA Hablo en parentesco.
no me hace gracia denguna
que se tire por el suelo
á un hombre que to a su farta
es que sabe él más durmiendo
que...

LUISA. De bastante le sirve.

FUENSANTA Tía, no diga osté eso;
que me se alegra inda el alma
de acordarme cuando jueron
tos los hombres del partío
á Murcia pa hablar del riego
de gracia, y solmente él

le habló al alcarde primero
con una gracia y un ese...
que en el mesmo Ayuntamiento,
cuando ya se despedía
lo abrazaron los porteros.

JOSÉ. Y añide que á los tres dias
vino el agua.

FUENSANTA Yo ma cuerdo
que dician tos: por Luis
salta el agua en los quijeros.

PEDRO. Lo que la muchacha ice
no hay que negallo, que es cierto,
«Ca presona pa su ese.»
Pa platicar, Luis, es güeno.

FUENSANTA Por esas y otras razones
que mu presentes las tengo,
tía, ya lo sabe osté,
otro no coje en mi pecho.

(Fuensanta entra sin esperar la contestacion de Luisa).

ESCENA II

Josè, Pedro, Manuel y Luisa

LUISA. Pos aspéralo asentao,
ú de piés, que yo me pienso,
que pa estar de las dos moas,
te dará el muchacho tiempo,
¡ay! tan güeno como era
de zagaliquio, y los maestros...
lo han prevertío

JOSÉ. Recontra,
no magas ponerme sério.

LUISA. Pero José, ¿no ta cuerdas,
que el zagal, á lo primero

solo leia el Catecismo
y en aquel libriquio viejo,
que mentaba en toas las hojas
la oracion, sus cumplimientos,
el nombre, los articúlos,
y lo prencipal, el verbo?
Y en cuanto jué al Estituto,
y trujo aquel libio nuevo,
que dicía, que la tierra
deste mundo, era lo mesmo
que una naranja, y roaba,
y que el sol se estaba quieto,
¿No ta cuerdas que inde entonces
emprencipió á no ser güeno?

JOSÉ. Y á mí me paece que entonces
comenzó á marchar erecho.

LUISA. Jesús qué hombre! Qué hombre!
Se nesecita estar ciego. *(Se entra en la casa.)*

ESCENA III

José, Pedro y Manuel

JOSÉ. Ya las sentío, compaere;
porque como ella no pienso,
tos los dias diariamente
sus palabriquias tenemos.

MANUEL. Recontra con las quimeras.

JOSÉ. ¿Qué estás hablando?

MANUEL. Que siento.
que osté y la maere, se enfaen
tos los dias por lo mesmo.
Y dice osté que me enseñe!
No estará bien, que malegro
el no conocer las lletras,

y si me matan no apriendo.

JOSÉ. Cuando cumplistes diez años
dije: este es burro; y acierto.

MANUEL. Yo seré lo que usté quiera
por no hacer la contra. Pero...

JOSÉ. Anda, veste pa el panizo,
y del que quea más tierno,
siega pa los alimales
y ponte á cuidiar de ellos;
que pa vivir en la cuadra
sabes ya bastante.

MANUEL. *(Yéndose por el foro.)* Güeno.

ESCENA IV

José y Pedro

JOSÉ. Se paecen los dos hermanos
como el verano al invierno.
Mi Luis á más, dia por dia;
este cá memento á menos.
Ambunas veces me dan
compaere, unos pensamientos...

PEDRO. Afíjate en esta mano: *(su derecha)*
arrepara en estos deos,
y dime por qué estos cuatro,
son más juertes que el pequeño.
Tuiquios nacen á la vez,
tuiquios tienen igual maestro,
y éste, trebaja y señala *(por el índice.)*
doble que sus compañeros.
Pos porque no son iguales,
estará bien que alleguemos
ca un cerujano de fama
á decille: «Corte osté estos»,

cuando cá uno pa su ese
los tiene siempre dispuestos?

JOSÉ. Lo que platicas abora
es verdad; pero yo siento
como paere, que no vargan
los dos hermanos lo mesmo.

PEDRO. Compaere; muchímas veces
he sentío yo á hombres güenos
platicar de tu Luis,
y le ven un fin mu feo.

JOSÉ. ¿Y por qué motigo?

PEDRO. *(maliciosamente)* Toma...

JOSÉ. Dímelo.

PEDRO. Vás á sabello.
Hace que se jué de quinto...

JOSÉ. Seis años ya los ha hecho.

PERO. Y hace cuatro que los mozos
de su quinta se gorvieron
con la licencia á su casa.
Y tu hijo, ni un memento
ha venío, pa saber
si seis vivos, si seis muertos.

JOSÉ. Pero escribe ambunas cartas,
y yo tamien le contesto.

PEDRO. Y no te dá en qué pensar,
que haiga dicho, que primero
va á presillo, que golver
á criar sea y pimientos.

JOSÉ. Y si él gana la comía,
porque la gana, escribiendo
ca un abogao de Madril
que tié muchísimos pleitos,
y de noche pinta casas
ca un señor que es ingeniero,
y platica en los cafés
de las cosas del Gobierno,

qué farta le hace el vinirse,
á hacerse piazos el cuerpo
al subirse á una morera
ó segar un sementero.
¿Pos por qué en el Estituto
me gasté lo que no tengo,
y pa qué al desaminarse
ganó en tres veces tres premios?

PEDRO. Pa que abora esté en Madril
y á tí no te dé provecho.

JOSE. Ni tú ni dengun nacío,
ha llegac á ver el misterio
de por qué Luis no está en Murcia
hace tres años lo menos,
colocao ca un Escribano
ú en las casas del comercio.
Pero ya que me arriprietas,
te diré lo que yo pienso,
que yo tamien munchas veces
he cavilao con lo mesmo.
El á Juensanta le dió
palabra de casamiento;
y como es tan hombre, si él
ha pensao otra cosa lluego,
habrá icho, con no ir,
ella se irá convenciendo,
y aunque la mienta en las cartas
yo tengo ese regomello.

PEDRO. Y á ella tú que le aconsejas?

JOSE. Pa platicar solo de esto
vámonos ahí ar camino:
porque la verdad, no quiero
que la zagala se entere,
y causalle un sentimiento.
Ella, prima y sin ser prima,
lo quiere dista los güesos.

Vámonos que pa quí vienen
(Salen de la casa Fuensanta y Luísa)
mi mujer y ella. Gorvemos
de siguía, pon la mesa
que el sol ya se está puniendo,
y sabes que no me basta
cenar mu de noche,

LUISA, Güeno.

(Se van de la escena por el foro Pedro y José)

ESCENA V

Fuensanta y Luisa

LUISA. ¿Has partío la escarola?
FUENSANTA Y tambien tiene el agrezo.
¿Pongo la mesa?
LUSIA. No: aspera
á que güervan, porque temo,
que pase lo que otras veces.
FUENSANTA Pues si se han parao allí mesmo
LUIA. Sin arremover un pié
son capaces él y Pedro,
de estarse dista las doce.
FUENSANTA Entonces, tia, me asiento. *(se sienta)*
LUISA. Y yo tamien. ¿Has sintío
dicir si ha tenío arreglo,
la boa de la hija del
tio Sebastian Pacheco?
FUENSANTA Y tanto como ha tenío:
segun antealler digeron
se casan á la carrera.
LUISA. De verdá? Hija malegro
de que al fin á esos zagales,
se les cumplan sus deseos.

¿Y tú?

FUENSANTA Tía, qué quimera.
¿No sabe V. lo que pienso?
Como Luis no mande carta
en que diga: Me arrepiento
de la palabra que dí,
yo por mi parte lo aspero.

LUISA *(ap.)* Estamos bien, á Dios gracias.
(A Fuensanta) Yo te daría un consejo,
si supiera que al sintillo,
no ibas á pensar, que quiero
contrariar tus intenciones.

FUENSANTA Si va inclinao como pienso
á decirme que lo orvie,
pierde V. el hablar y el tiempo.

LUISA. Pos sa rematao el asunto.
Saca la mesa.

FUENSANTA *(entrando en la casa)* Aboa mesmo.

ESCENA VI

Luisa *(incomodada)*

¡Ay hermana de mi arma,
si estás gozando en el cielo,
no dirás que tu Juensanta
no hace su gusto completo!
cudiao que pica en historia,
no tiene conocimiento
pa ver que hace siete años
que la estamos mantubiendo,
y que er mundo está mu malo
y que mi casa vá á menos.
Y lo que á mí más me apura
es que tiene ya en el cuerpo
veinte y seis años, y que

dista fea se vá gorviendo;
y en tener dos años más,
no la querrán ¡ni los perros!
¡Ay qué sobrina, qué hijo,
qué marío, y qué infierno!

ESCENA VII

Luisa y Fuensanta

(Fuensanta saca una mesa pequeña y encima de ella el mantel doblado, platos, pan, cuchillo, etc.)

FUENSANTA La mesa.
LUISA. Tiende el mantel.
Pon los platos en su puesto,
y menéate que vienen.
La cena.
FUENSANTA. Ya voy corriendo. *(Entrando en la casa.)*

ESCEÑA VIII

Luisa, José y Pedro

JOSE. Sabes que hay un conviao?
LUISA. Un conviao, ¿quién es?
JOSE. Pedro.
PEDRO. Sampeña en que us acompañe...
LUISA. Tomates fritos con güevos
hay pa cenar.
PEDRO. Pos me bustan.
JOSE. Llama á Manuel. *(A Luisa.)*
(Manuel aparece por el fondo con un haz de yerba, Fuensanta por la puerta de la casa con una fuente que contiene la cena.)

ESCENA IX

Josè, Pedro, Manuel, Luisa, Fuensanta

MANUEL. Yo ya vengo,
que he arrematao la tarea.
FUENSANTA A cenar, que están mu güenos.
JOSÉ. Pos á la mesa.
LUISA. A la mesa.

(Todos se sientan á cenar, José ofrece vino á Pedro.)

JOSÉ. Bebe.
PEDRO. Prencipia.
JOSÉ. ¿Y tú?
PEDRO. Lluego.

(Bebe José, y se deja oir el ruido de los cascabeles de un carruaje.)

MANUEL. Paere, paere, una tartana,
viene pa quí.
JOSÉ A naide aspero,
con que cena y no te cudies...
MANUEL. Sa parao junto al almendro.
JOSÉ. Mia haber quien es. No me busta
moverme estando comiendo.

(Sale precipitadamente Manuel por el fondo izquierda, los demás siguen cenando sin demostrar interés.)

MANUEL. *(dentro.)* Paere, paere.
JOSÉ. *(José y todos se levantan)* ¿Qué será?
PEDRO. Trae ambrazos á un caballero.
LUISA. A un señorito con barbas.
JOSÉ. Si es mi Luis! *(con placer inmenso)*
LUISA. ¡Mi Luis! *(ap.)*
FUENSANTA *(dando un salto)* ¡El mesmo!

ESCENA ÚLTIMA

José, Pedro, Manuel, Luis, Luisa y Fuensanta

Manuel trae en brazos á Luis que viste traje bastante decente. Entra corriendo en la escena, todos quieren abrazarle, pero Manuel los va chasqueando, hasta que todos dicen, «Que lo tiras»

LUIS. ¡Padre! ¡Madre!
JOSÉ Y LUISA. Hijo del arma.
MANUEL. Recontra que no lo suelto.
JOSÉ. Deja que le dé un abrazo.
LUISA. Deja que le dé cien besos.
LUIS. Que me tiras.
TODOS. Que lo tiras.
(Todos rodean á Manuel, y éste deja á Luis en la escena, mientras José y Luisa abrazan y besan á Luis, Manuel sollozando de alegria, dice)
MANUEL. Recontra y qué juerza tengo.
(Manuel se retira al último término de la escena)
LUIS. Al cabo de los seis años.
Otro abrazo.
PEDRO. Y yo?
LUIS. *(abrazándolo)* Tio Pedro!
Fuensanta, venga esa mano
que yo cumplo lo que ofrezco.
JOSÉ. *(á Luisa)* Has sintío esa palabra.
LUIS. Cuántas veces habrán puesto
en duda el mucho cariño
que les tuve y que les tengo.
¿Mas y mi hermano, qué hace?
¿Dónde está que no le veo?
FUENSANTA Míralo. *(señalando á Manuel)*
LUIS. Estás llorando!

MANUEL. Pero no es de sentimiento;
que aunque yo no sé de lletras,
porque has venío, me alegro
más que tuiquia la familia.
LUISA. Llora de busto.
MANUEL. *(abrazando á Luis)* Eso mesmo.
LUIS. Este cariño es el puro,
este sí que es verdadero.
LUISA. Vamos, dejármelo á mí:
ven hijo, y en un memento
te muarás; en tavía
guardo la faja, el sombrero,
los calzones y alpargates,
que te se quearon nuevos
cuando te fistes de quinto.
Ese farrucon estrecho
te dará mucha calor,
anda, que así estás mu feo.
LUIS, Madre mía, ese vestido
que con gran placer recuerdo,
hoy por hoy no es para mí,
no soy lo que en otros tiempos,
hoy la sociedad me niega
que con él tape mi cuerpo.
LUISA. Pos hijo, ¿qué ta pasao?
JOSÉ. Déjalo que abra su pecho.
LUIS. Porque no se me tratara
de loco, orgulloso ó necio,
no les he dicho en mis cartas
cual era mi pensamiento.
Mas cuando á Madrid llegamos
trasladados de Toledo,
me dije: Aquí me hago hombre
si me ayuda un poco el cielo.
Y cuando á mis camaradas
y á mí los pases nos dieron,

yo le dije al coronel:
Este pase no lo acepto,
porque en la corte de España
á quedarme estoy resuelto.
Ya tenía yo en Madrid
amistad con un sujeto
que me daba libros, casa,
y parte del alimento,
por trabajarle á un hermano,
Escribano, casi ciego.
Desde aquel dia, con penas,
con privaciones sin cuento,
y sobre todo, estudiando,
convencí á todos mis maestros
de que era amante al estudio
y á la ciencia que profeso,
y ha seis dias, que he tomado
el título de Arquitecto.

JOSÉ. Es decir, que eres...

LUIS. Un hombre
de carrera, no un labriego;
gracias á que desde niño,
tuvo V. un formal empeño
en que yo en el Instituto,
escuchara á doctos maestros.

JOSÉ. Pos aquí ties á tu maere
que dicía...

LUISA. Y yo qué entiendo?

LUIS. ¿Y Manuel, sabe leer?

JOSÉ. Que si sabe leer? Ni esto. *(mordiéndose la uña)*
Trebaja, come y se acuesta;
burro, con conocimiento.

MANUEL. Recontra, que ya me canso
de sintir siempre lo mesmo.
Es que vamos á ser tuiquios

en España caballeros?
Pos si juamos tos ansina,
¿quién sembraría los pimientos?
¿quien dispués de arrecogíos
los llevaría al Cabezo?
¿Quién cuando tuiquias las ciecas,
tienen un parmo de hielo,
se arremangaría con busto
pa echarle al esquilmo el riego?
nenguno; porque eso lo hace
solmente el que es jornalero.
Y paere, aunque soy un burro,
yo á mi manera compriendo,
que si faltan los jornales
la tierra no dá provecho,
y en faltar lo de la tierra,
por faltar, falta inda el verbo.
Conque yo no igo más;
vamos á cenar.

LUIS. *(abrazándole)* ¡Soberbio!
pensando de esa manera
eres un hombre completo.

PEDRO. Cá presona pa su ese.

(Al público) Señor, si lo estoy diciendo.

LUISA. No hableis más y cuéntamé...

LUIS. De sobremesa, pues veo
que mi llegada ha cortado
la cena.

JOSÉ. Hijo mio, es cierto:
Vamos á cenar, compaere.

LUIS. Padre, padre, lo primero
es invitar á quien mira. *(Por el público)*

JOSÉ Hazlo tú.

LUIS. Yo, ni por pienso:
disponer yo de esa mesa

teniendo V. el ojo abierto;
no señor, V. es el jefe.

JOSÉ. *(Al público)* Ven ostés si tié talento.
¿No estará bien que el arbullo
me sale inda por los pelos,
de ser yo el paere de un hijo
que inda no me lo merejo?
Juera de más platicar:
á cenar tos caballeros,
que porque mi Luis disfrute
me gasto... lo que no tengo.

LA POLÍTICA

EN LOS GARRES

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO

original y en verso

ESCRITO EN LENGUAJE DE LA HUERTA

DE MURCIA

POR

JUAN ANTONIO SORIANO.

La accion pasa en la huerta de Murcia en el año de 1873.

16B

Á la Señorita Doña Josefa Hernandez

Mi distinguida amiga: El presente trabajo es mi primera produccion. No hubiera visto la luz pública, si no se tratara de una obra piadosa, á la cual debemos todos cooperar. Carezco de pretensiones, reconociendo que es un trabajo de escasísimo mérito, y que no está á la altura de la reputacion artística que V. posee, pero confio que la aceptará como prueba de la verdadera amistad que le profesa

El Autor.

PERSONAJES.	ACTORES.
Manuela.	Srta. Hernandez.
El tio Juan.	Sr. Martinez.
El tio Francisco (a) Mayoral.	» Perez.
Josè.	» Brunet.
Fulgencio.	» Lopez.

Decoracion de huerta. A la derecha y en segundo término, puerta practicable de una casa ó choza; encima de la puerta, un emparrado, de donde cuelga una ó más jarras con agua; dos sillas cerca de la puerta.

Al levantarse el telon, Manuela está sentada en una de las sillas. con traje como lo indica la escena séptima; entre bastidores y algo retirado se oye una guitarra; y entre las risas y voces de varios mozos, se oye á Pepe que canta.

ESCENA PRIMERA.

Manuela.

PEPE. *(Cantando dentro.)*
Aunque tu paere me ponga
ceviles de centinela
por tu senda he de pasar
porque te quiero, Manuela.

MANUELA. Lo sé, Pepe de mi arma,
que me quieres de verdá,
y que de tuiquio el partío
eres, sin desajerar,
en custion de querer mozas
un muchacho mu formal.
Vamos, me quemo la sangre,
(Levantándose.)
si comienzo á meditar

por qué mi paere no quiere
que quiera yo á ese zagal,
y cudiao, que naide pué,
ni tan siquiera mentar
una acion, que al probe Pepe
le puea prejuicar.
Me quiere muncho y trebaja
lo mesmo que un alimal,
¡y dicen que no lo quiera!
eso será, ó no será.

(Levantándose y observando la puerta de la casa.)

Si mi paere está durmiendo
aun vamos á platicar.
Dios le alargue un poco el sueño.

(Se vá al foro y hace señas en direccion á donde se oyeron las guitarras.)

Ya viene.

ESCENA II

Manuela y Pepe

(asomando la cabeza por el último término de la izquierda.)

PEPE. ¿Hay noveá?
MANUELA. Nenguna, puedes llegarte,
mi paere durmiendo está.
(Se acerca al lado de Manuela).
Te he llamao pa decirte
que no tengas que bailar
esta tarde con Teresa
ni fandango ni anreás.
PEPE. Pero ascúchame, Manuela,
¿es que has podío pensar
que yo á Teresa la miro

pa custion de platicar
con interés de querella?
Vamos... no me digas más,
que me enritan esas cosas,
al sentírtelas nombrar.
Ya sabes que yo te quiero
porque me busta tu andar,
porque me encanta tu pelo
rizaiquio como el zafrán,
porque es tu cara una rosa
que empieza á descapullar,
y tus lábios más hermosos
que si jueran de coral,
y tus piés juntiquios son
(que bien á la vista están)
dos capillos anteaos,
ú mejor dicho, un ocal,
y si bailas er fandango,
malagueña, ú anreás,
entonces son las palomas
que san revivio yá.
¿Y tu centura?

(Manuela observa la puerta de su casa y dice precipitadamente)

MANUELA. Mi paere
se comienza á recordar,
veste, Pepe, no te vea
y la vayamos á armar.
PEPE. ¿Me quieres muncho, Manuela?
MANUELA. Sí te quiero... si te vás.
PEPE. ¿Más que á Luis el Lechubero?
MANUELA. Más te quiero, muncho más.
PEPE. Adios, Manuela, inda lluego.

(Desde el foro, admirándola.)

¡Valla una moza templá!

ESCENA III

Manuela y el tio Juan.

(El tio Juan aparece bostezando en la puerta de la barraca, en mangas de camisa y sin sombrero)

JUAN. No te decía, comiendo,
que llevaba muncha sal
el arroz con caracoles;
la lengua tengo pegá
contra el cielo de la boca.
¡Qué saliva más atá!
(Alcanza una de las jarras.)
¡Bendito sea Dios, que cría
el agua pa refrescar!
Si en vez de vino, vendieran
copas de agua serená,
no estaría tu tio Pedro
ni el Niño en el Hespital.

(Al mismo tiempo que el tio Juan bebe agua, se oye la voz de Pepe, que canta con la guitarra.)

(La despedia te doy,
no te la quisiera dar,
quéate con Dios, Manuela,
que me voy á retirar.)

JUAN. Y haces bien con retirarte,
porque intinciones me dan
de cojer la llamaera
por la punta más dergá,
y darte unas encomiendas
asína, pa merendar.
(Dirijiéndose á Manuela.)
No me mires de esa moa,
ni tengas que arresollar,

ni me hagas á mí la contra
que lo pués pasar mu mal.
Te he dicho que no lo quiero
aunque se empeñe San Juan:
yo soy tu paere, y conmigo
no te tienes que casar,
pero mi llerno ha de ser
una presona formal,
como... Luis el Lechubero:
ese, es un mozo cabal.
En la plaza, toos los dias,
se gana el hombre el jornal,
y tiene tiempo tavía
pa ponerse á trebajar
en las cosas de su casa...
¿No compriendes la moral
de tuiquio lo que te dígo?
Estás mu solivantá;
habla y dime, así en concencia:
¿Es que quiero yo tu mal?

MANUELA. Paere, lo que usté me ice,
yo compriendo que es verdá.
Ya sé que trebaja Luis
dista que no puee más,
y que en Murcia y en la tierra
se gana un piazo de pan,
muncho mejor que José;
pero... ¿en qué consestirá
que cuando miro á Luis
me queo tan sosegá,
como si no viera á naide,
y solmente con nombrar
á José, me dá un pavor
y me pongo colorá,
y me rio... canto... lloro...
sin podello remediar?

JUAN. Esa es custion de antusiasmo
que á tí te se pasará.
MANUELA. Páere, no puedo olvidallo.
JUAN. Manuela, lo olvidarás. *(disgustado)*
Y basta ya de custiones,
que estás hablando de más.
En ser mujer de tu casa,
entonces podrás mandar.
Abora yo soy quien mando
y á tí te toca callar.
Asiéntate junto ar pozo,
y si vieras allegar
los ceviles, ú señores
con borlas de autoriá,
tóse juerte, que te olla,
que voy á esenterrar
el tabaco que anteanoche
me trujo tu primo Blas.
MANUELA. Paere ¿me estoso tamien
si viniera el Mayoral?
JUAN. Pos claro está, tontarrona.
Como que es la autoriá;
el Perráneo es el primero
que no tiene que oler ná.
Una cosa es el matute
y otra cosa es la amistá.
MANUELA. El que pregunta no yerra... *(Mar-*
Abora, hago la señal *(chándose.)*
con que pase un pajariquio
por la punta del brazal.

ESCENA IV

El Tio Juan

(Después de inspeccionar mínuciosamente toda la escena, viene á sentarse en una de las sillas, sacando una cartera con un pliego de la faja)

JUAN. Presonas de mil colores
me tratan de igual á igual,
esto es un berenjenal,
como icen los señores.
Los que están apalabraos
me pienso que son sesenta,
justo; pa tener ochenta,
me fartan... veinte sordaos.
Cinco que el Perla traerá
y dos de Perico el Mocho,
son siete, pa tener ocho,
anguno se ascurrirá.
Faltan doce. En el partío
tuiquio y en la Zacalla,
no es posible que los halla,
lo tengo bien recorrío.
La pulítica encandila,
y echamos un guen invierno
si á lluego impués el Gobierno
nus embarca ú afusila.
Son asuntos delicaos,
pero Garves tié razon;
y con tanta contrucion
estamos... debelitaos.
Ni náide nus dá consuelo,
ni falta ya quien nus robe,
lo mesmo chupan al probe
que si juera un caramelo.
La guerra, territorial,
el empréstame, el consumo,
hay en España más humo
que ranas en un brazal.
(Se oye toser á Manuela.)
Gente viene, guarda, Juan,
la custion de decumentos
que los que vienen y van,

sin andar en cumplimientos,
pueden escubrir el plan.

ESCENA V

El tio Juan y Manuela *(que viene corriendo al lado de su padre.)*

MANUELA. Páere, por el Partior
vienę ya el tio Mayoral.
JUAN. *(Ap.)* Pa guardar estos papeles
el arca más reservá
es el pecho de mi hija.
(Dirigiéndose á Manuela).
Manuela, vás á guardar
entremedias de tu pecho
esto que te voy á dar.
Miá que son los decumentos
que man venio de Oran
pa la custion del tabaco.
Si anguno llega á aclarar
el tragin del contrabando
pierdes á tu páere, Juan;
con que toma, guarda y calla,
que está ahí mesmo el Mayoral.
MANUELA. Ñi el mesmo Gobernaor,
será capaz de atocar
aonde guardo yo er papel.
(Se guarda la cartera en el pecho.)
JUAN. ¡Que venga la autoriá
y que registre la casa!

ESCENA VI

Tio Juan, Tio Francisco, y Manuela

FRANCISCO Adios, Manuela; ¡tio Juan!

JUAN. Que Dios guarde con salú
la primera autoriá
del partío de los Garres,
¿Aónde por aquí se vá?
FRANCISCO A vesitar el partío,
que nunca suele fartar
en estos dias de fiesta
gente que beba de más;
no hay ningun inconviniente
si osté me quié acompañar.
JUAN. Con mucho busto. *(dirigiéndose á su hija)*
El sombrero.
(Manuela entra en la casa, saca el sombrero de su padre que se lo entrega, éste se arregla la camisa, faja, etc., hasta terminar la escena)
¿Qué hay de bueno, Mayoral?
FRANCISCO Lo de siempre, poca cosa.
JUAN. Manuela, ahí asentá,
que de siguia gorvemos.
FRANCISCO Quéate con Dios, Rizá.
MANUELA. Valla V. con Dios, tio Faco.

ESCENA VII.

Manuela *mirando por donde se han ido su padre y el Tio Francisco.*

MANUELA. ¿Habrá quien aguante más?
¡Teresa, Aniquia y Jarcinta
bailando hasta reventar!
¿De qué me sirve vestirme
con las senaguas bordás,
el pañuelo de Manila,
zapatos, medias calás,
y peinarme trempaniquio?

¿De qué me sirve?- de ná.
Tuiquio er mundo se divierte,
mi paere tambien se vá,
y á mí me toca quearme
poco menos que ancerrá.
(Llorando.)
Premita Dios que me sarga
una grieta acarbunchá
como le salió á mi maere,
que gozando á Dios está,
que pa vivir de esta moa,
mejor se estará anterrá.

ESCEÑA VIII

Manuela y Pepe. *(Este llega corriendo, sumamente cansado, y después de limpiarse el sudor con el pañuelo, dice):*

PEPE. Estaba yo en la senda
que vá á los Pinos,
cuando esviso á tu paere
por el camino;
y digo... aspera,
que por presto que guervas
veo yo á Manuela.
Más te encuentro llorando,
y por mi vía,
que quio saber abora
quién te ofendía:
dímelo, hermosa,
que en Beniajan y Garres
no hay quien me tosa.
Si juera el Lechubero,
er der desgusto,
lo mesmo que soy Pepe,

que lleva un susto;
mas si es tu Paere,
él es siempre el buchillo,
tú y yo, la carne.

MANUELA. No es, Pepe de mi arma,
dengun mancebo,
quien me ponía triste
abora mesmo;
es .. mi desgracia,
la que me pone triste
como una estáuta.
Solmente tú podías
carmar la pena
de perder á mi maere;
¡era tan güena!
Tavía ma asombro
y se anrasan mis ojos
cuando la nombro.

PEPE. Manuela, á los defuntos,
rezalles muncho,
y abora platiquemos
de nuestro asunto;
que el tiempo pasa,
y pudiera tu paere
golver á casa.
Me dijo tu comaere
el otro dia,
que á tu paere ella mesma
que le hablaría;
y yo le ije,
se lo diré á Manuela
á ver que ice

MANUELA. ¡Ay Pepe! si mi paere
no atiende á naide,
¿pa qué quies que Colasa,
de esto le hable?

PEPE. Porque pudiera
á juerza de dicille
que á anguno ollera.
A mí lo que me saca
juera de tino,
es que naide masplica
cierto camino:
y más te indico,
que er dia que lo sepa
me pongo rico.
Lo menos cuatro meses
que voy á sartos,
zaga de un negociquio
de munchos cuartos.
(Demostrando alegría).
Si lo cojiera,
pué que entonces tu paere
ya me quisiera.
Tu paere, tiene vacas,
trigo de sobra,
y angunas otras cosas
que no se nombran;
paga su rento,
y tavía le quea
libre el pimiento.
Manuela, tú no sabes,
ni tan siquiera,
por ande tien el filo
unas tijeras:
tú, ¿nó compriendes,
que más dinero tiene
er que más vende?

MANUELA. Ascuchando aguá mesmo
tuiquia tu plática
con esas despresiones
me dejas... tática.

Cahables te digo,
y si pueo ayudiarte,
cuenta conmigo.

(Pepe la coje de la mano, y después de observar si alguno les escucha, habla con gran misterio.)

PEPE. Ascucha con reserva
lo que me pasa:
aller, á boca é noche,
iba á mi casa;
y aunque era escuro,
devisé un pañueliquio
con siete duros.
Ni en misa, ni en el baile,
ni en el partío,
hay quien diga aguá mesmo
que lo ha perdío;
yo me feguro,
que en concencia son míos
los siete duros.
Pos si tú me dijieras,
Manuela mía,
por ande el contrabando
sa recibía;
con mi dinero,
podía yo, mañana,
ser caballero.
Tú, Manuela, si quieres,
puees sabello:
que en tu casa hay tabaco,
papel y sellos,
y que tu paere,
trajina en este punto,
tuiquios lo saben.

MANUELA. Perdona si te atajo
por esa senda:
que yo pierda á mi paere,

no lo pretiendas:
y reflisiona,
que mi paere es lo mesmo
que mi presona.

PEPE. Que me quée más seco
que está un verano,
si yo á tu paere quiéo
hacelle daño:
¿No has reparao
que pa mí tus parientes
son un sagrao?
Si yo, lo que pretendo,
lo he dicho claro:
que tú me des un Norte
del contrabando.
y que me anseñes
por qué mano recibe
tó lo que vende.

MANUELA. Sí que pudiera darte
dista papeles,
mas si no sabes lletra
¿pa qué los quieres?
¿Pa que los lea,
cualquiera, y á mi paere
perdío vea? *(Pepe queda un momento pensativo.)*

PEPE. Tú quieres que aguá mesmo,
nus anteremos?

MANUELA. Desplica de qué moa,
y ya veremos.

PEPE. Oye la cuenta,
er zagal de Colasa
sabe de letra.
Jubando estaba abora
junto al azarbe:
¿Lo llamo y que nus lea

lo que tú sabes?
¿Qué te detiene?
ó es que hacer no quieres
lo que cònviene.

MANUELA. Que tuiquio me dá mieo,
sábelo, Pepe,
y si canta er muchacho,
nus compromete.

PEPE. Es chiquitiquio:
¡Si no ha cumplio diez años
el angeliquio!
(Se vá al foro y grita.)
Flugenciquio, muchacho,
ascucha, nene.

(Manuela saca la cartera d.l pecho)

MANUELA. ¡Si mi paere me viera!

PEPE. Mira, ya viene.

ESCENA IX

Manuela, Pepe y Fulgencio

FULGENCIO. ¿Qué quieres, Pepe?

PEPE. Que leas unas letras
y busto é verte.

MANUELA. Tóma, y en un memento,
que te lo lea,
y yo haré, por si vienen,
la centinela.

(Entrega la cartera á Pepe, y se pone á pasear por el foro de un lado á otro)

PEPE. Vamos á ver
lo que ice, clariquio,
este papel.
(Leyendo)

FULGENCIO. Lista de los que estamos

comprometíos,
pa hacer guerra al Gobierno
en el partío:
Faco Morales,
Flugencio Ferisneas,
Anton Panales.

PEPE. Ya veo que compriendes
tuiquias las letras.

FULGENCIO Con este, cuatro años
que voy á escuela.

(Pepe le quita el papel á Fulgencio, y le entrega una moneda)

PEPE. No leas más,
y toma dos cuartiquios
pa limoná.

ESCENA X

Pepe, después Manuela

PEPE. Si no lo juera visto...
Vírgen del Cármen,
el tio Juan en compaña
con Anton Gárves.
¡Vaya una sea
que con esta simiente
hoy se le enrea!

(Dando golpecitos con la cartera en la mano, Manuela viene precipitadamente á donde se encuentra Pepe)

MANUELA. Dáme el papel y veste
que víe mi paere
por el camino é yerro
con er arcarde.
¿Sábes abora
de á onde viene er tabaco?

PEPE. Sí, de la Nora.
Solmente, el precio fijo,
saber me quea.
(Haciendo como que se vá)
Yo le diré á Flugencio
que me lo lea.
(Deteniéndole)

MANUELA. Me comprometes.

PEPE. De siguia lo trayo:
que vienen.

MANUELA. Veste.

(Manuela le empuja á Pepe para que se marche más de prisa, este lo verifica, llevándose el pliego, y Manuela viene á sentarse en una de las sillas)

ESCENA XI

Manuela, después el Tio Juan y el Tio Francisco

MANUELA. Si por un caso mi paere,
se llegara á precevir
que no tengo los papeles,
la groma sería pa mí.
Como se tenga un querer,
nenguna podrá dicir
de este agua no beberé,
porque es mu fácil mentir.
(Saliendo)

JUAN. Tuiquio aquel que gana poco,
y se quiere devertir
en la taberna, ú jubando,
poco vale para mí.
Si su muger lo repriende,
él se comienza á reir,
y acuérdese osté, Tio Faco,

que lo veremos morir
con caena é presillo.
por pillo y por galopin.

FRANCISCO El no estar hoy en la cárcel,
que me lo agradeja á mí.
(Dirijiéndose á Manuela)

JUAN. ¿Ha ocurrío anguna cosa
dinda que farto de aquí?

MANUELA No, señor, naide ha venío.

JUAN. Tio Faco, asiéntese aquí;
(Dándole una silla y haciendo levantar á Manuela de la en que está)
y tú veste pa lla drento.
(Manuela obedece. El tio Francisco y el tio Juan se sientan, sacando uno de ellos la petaca para echar un cigarro.)

ESCENA XII

El tio Juan y el tio Francisco.

FRANCISCO Mu pronto me voy á ir,
porque el sol se está poniendo,
y hay que cenar y dormir.

JUAN. ¿Qué se dice de negocios?

FRANCISCO Cosas que m'hacen reir:
pos no icen los ceviles
y Perete el Alguacil,
que hay gente en este partío
que está dispuesta á morir
y armar la rebullicion
con presonas de Madril.

JUAN. Y osté, ¿lo cré, ú no le cré?

FRANCISCO No me diga osté eso á mí:
si juera custion de aguas,
sacarian... más de mil;

pero, pa revulliciones,
este partío está en clís.

JUAN. Lo mesmo digo, tio Faco.
(Ap.) Ya te lo dirán á tí.

FRANCISCO Le digo á osté que me rio,
(Levantándose y marchándose por donde vino).
y que me voy á dormir.

JUAN. Valla osté con Dios, tio Faco.
(Ap.) Al freir será el reir.

(Al entrarse el tio Francisco se encuentra con Pepe que sale; hablan reservadamente un instante y Pepe queda en lugar donde no pueda verle el tio Juan. El tio Juan permanece sentado).

ESCENA XIII

El Tio Juan, después Pepe

JUAN. Que sa cueste mu tranquilo
con tuiquia su autoriá
que drento de quince dias
ya sentirá la troná.

PEPE. *(Ap.)* No hay que temelle al negocio.
(Ádelantándose hasta donde está el tio Juan y cojiendo una silla y sentándose)
Mu güenas tardes, tio Juan.

JUAN. Güenas tardes. ¿Qué se ofrece?
¿Pa qué te quies asentar?

PEPE. Pa hablalle á osté de un asunto
de mucha formaliá.

JUAN. *(Ap)* Dios me dé mucha pacencia
pa ascuchar á este alimal.
(Pausa bien marcada)
¿Quién comienza? ¿Tú ó yó?

PEPE. ¿Pos quién ha de comenzar?
Siendo yo el que vengo á hablalle,

la cosa bien clara está;
yo galanteo á Manuela.

JUAN. *(Ap)* Ya ha venío á resultar
lo mesmo que yo pensé.

PEPE. Y si osté quiere, tio Juan,
yo pienso que nos casemos
por la fiesta de San Blás.

JUAN. Pero como yo no quiero,
posi... no te casarás.

PEPE. Hombre, ¿Si osté me quisiera?

JUAN. *(Levantándose de la silla)*
Basta ya de platicar,
y tocante á la zagala
no la tengas que mirar
con intincion de querella,
que lo pués pasar mu mal;
y te vás, que tengo prisa.

PEPE. Asiéntese osté, tio Juan,
y no me eche de su casa
que yo no le farto en ná,
y platiquemos un rato.

JUAN. Si no quiero platicar.

PEPE. Y si le hablo yo de Garves
¿tampoco me ascuchará?

JUAN. Yo no conojo á tal hombre!

PEPE. ¿No ha sentío osté nombrar
ar que es el arrendaor
en el huerto de San Blas.

JUAN. De vista sí lo conojo.
(Ap.) ¿Aonde iremos á parar?

PEPE. Pos la gente dice abora
que lo han hecho General,
y que osté es amigo suyo.

JUAN. *(Ap.)* Tengo la sangre pará.

PEPE. Que es osté acomisionao
pa la custion de alistar

los hombres de pelo en pecho;
si osté me quiere apuntar,
en la lista... á la Manuela
ya no la platico más;
porque al fin... tarde ú trempano
nus tendrán que afusilar,
y como yo soy tan malo.

JUAN (*Levantándose*). Pero ¿te quieres callar?
Pos tú... ¿Por quién más tomao?
Ya te puedes levantar
desa silla; y aguá mesmo,
más que ligero te vás;
que te estoy viendo metío
de cabeza en el brazal.

PÉPE. *(Levantándose)* A mí, naide ma calora
como lo hace osté, tio Juan;
y aguá mesmo, echo yo el carro
por mitá del pedregal.
Yo he venío por su bien,
y osté se busca su mal,
y pa que no tenga duda,
le voy el testo á aclarar.
Rebuscando un decumento
que me pudiera enseñar
por qué mano osté recibe
el contrabando de Orán,
Manuela me dió un papel,
que osté no ha sabío guardar,
y pa que diga que miento
en esta cartera está.

(*Le enseña la cartera con gran asombro del tio Juan*)

Y abora me voy á Murcia
y le voy á regalar
al mesmo Gobernaor
este puro de á real.

(*Dando golpes en la cartera con la mano*)

JUAN. (*Ap*) Esto sí que es compromiso,
no tengas que vocear,
que en este mundo los hombres
lo mismo vienen que van.
¿Por ande estará Manuela?

PEPE. Si osté la allega á atocar,
ú le dice una palabra,
tavía vá á pasar mas,
porque estoy dispuesto á tó.

(*El tio Francisco ha oido los dos últimos versos de Pepe*)

ESCENA XIV

Dichos y Francisco

FRANCISCO ¿Tendré que poner yo paz?

JUAN (*Ap*) Si callas, tuya es Manuela,
las cherras y la cebá.
(*Dirijiéndose á Francisco*)
Yo lo hacía á osté en su casa.
¿Hay anguna noveá?

FRANCISCO Nenguna: que vide á Pepe,
que llegaba á platicar,
cuando yo miba pa lante,
y me pensé, la verdá,
(*Sonriéndose*)
que al fin el suegro y el yerno
se habian de acalorar.

JUAN. Si es que estos mozos de abora
no quieren riflisionar
que la custion de casarse
es cosa mu delicá.

FRANCISCO Y si se tienen afleuto
¿qué le va osté á remediar?

A casallos cuanti antes,
que Dios los amparará.

JUAN. Yo le digo: que sa aspere
á quella cumpla la edá.
(A Pepe) Vamos, tienes el premiso
pa que le puedas hablar.

PEPE. Y yo le digo que en Murcia
me están asperando ya.

(Hace como que se marcha, Francisco le detiene)

FRANCISCO Pepe, si piensas sacalla,
te cuesta la torta un pan:
entre papel, escribano,
y angunas cosiquias más,
te gastas en pocos dias
custion de una dinerá,
y lluego que en el partío
Dios sabe lo que hablarán.

PEPE. De mí dirán poca cosa.
¿En qué queamos, tio Juan?

JUAN. Hacer lo que us dé la gana,
porque ma encuentro mu mal,
y seguro que esta groma,
me cuesta una enfermeá.

(El tio Juan se sienta, Pepe le dice reservadamente.)

PEPE. Pero sé yo una mecina,
que osté se la tomará,
porque la tengo yo aquí.

JUAN. Jura que me la darás.

(Pepe cruza las dos manos)

Por mi parte que se casen
el jueves de madrugá.

FRANCISCO ¿Por ande pára Manuela?

PEPE. Por ahí estará asentá,
si ha sentío la tormenta.

JUAN. Como no está acostumbrá

FÁBULAS

(DEL MISMO AUTOR)

El Murciélago Progresista

Con una paz octaviana
en un oscuro agujero
alegremente vivian
sus quince ó veinte murciélagos.
Todos pasaban el dia
entregados áMorfeo,
y esperando se ocultáran
del sol los fuertes reflejos
para salir por la noche
en busca del alimento.
Un murciélago novato,
es decir, de poco tiempo,
y tambien con poco ó nada
de reflexion y talento,
dijo un dia á grandes voces
y atronando el agujero:
«¡Camaradas! ¡Camaradas!
Desterrad el torpe sueño,
y, cual otros, en el mundo
del claro dia gocemos.
«Dios nos hizo á todos libres,
soy amante del progreso,
y por estas dos razones
no os extrañe si protesto
de la antisocial costumbre,

fundada por mis abuelos,
de estar mientras dura el dia
metido en este aposento.
»¡A volar, amigos mios!
que con auxilio de Febo,
se ven mejor los mosquitos
y se admira el Universo.»—
Un murciélago caduco,
que apreciaba al rapazuelo,
le dijo: «Tus pocos años
te hacen ver lo blanco, negro.
»No es capricho de familia
pasar el dia durmiendo;
es que la luz nos ofende,
y alguno que otro murciélago
que probó á volar de dia,
cayó en tierra casi ciego.»
No bastaron reflexiones;
se hizo sordo á los consejos
que por librarlo de un daño
sus camaradas le dieron,
y atrevido, al medio dia,
abandonó el agujero.
Apenas voló un instante,
el sol le hirió tan de lleno
en los ojos, que el pobrete
no dió direccion al vuelo,
y contra un muro de piedra
chocó, y se estrelló los sesos.
A aquellos jóvenes libres
que despreciando consejos
pisan las leyes sociales
y las que nos dió el Eterno,
yo les suplico que piensen
en el liberal murciélago.

El Chorlito enamorado

Harto de correr el mundo
por fuentes, lagos y rios,
y enamorando á las hembras
de su especie, un buen chorlito
exclamaba á grandes voces
sobre la copa de un pino:
—«Yo quiero casarme pronto,
no me gusta como vivo,
el celibato aborrezco,
y, por lo tanto, acrimino
á los que pudiendo ser
padres y dueños de un nido,
pasan los dias y noches
entre juncos y entre riscos.»
A las voces, segun cuentan,
acudieron á aquel sitio
muchos jilgueros, alondras,
perdices, palomas, mirlos,
ruiseñores, codornices,
gorriones y pardillos
y todos le preguntaron:
—«¿Quién es tu novia, chorlito?»—
—«No la tengo—les contesta
el Tenorio advenedizo,—
porque hasta hoy solo he tratado
damas de laguna, ó rio,
y no me gustan, pues tienen,
unas aplanado el pico,
otras las patas muy largas,
y otras el cuello torcido.
Por estas y otras razones
no quiero ser el marido
de una dama ribereña,

como Buffon les ha dicho.
Quiero una esposa del campo
que cante con dulces trinos
y que en jigantesco roble
se meza en su casto nido.»—
Un gorrion y una merla
le dijeron:—«Buen amigo,
nosotros te llevaremos
donde vejeta el olivo,
el madroño, los romeros,
la sabina y el tomillo,
y elegirás una esposa
en uso de tu albedrio.»—
Y, diciendo esto, volaron
á un bosque, donde entre pinos
y monte bajo se hallaban
aves hembras de capricho.
Al poco de haber llegado,
vieron oliendo un tomillo
á una coqueta abubilla,
que dando saltos y brincos
lucía, al par que su talle,
su moño y plumaje finos.
—«¡Qué belleza y qué donaire!»—
exclama al punto el chorlito;
mas el gorrion le dice:
—«Compadre, lo mismo digo,
mas tiene *pero* esa dama.»—
—«Que la ofendas, no lo admito,
—exclama ciego de amor
el aspirante á marido,—
y sin escuchar consejos
á la abubilla le dijo:
—«Si quieres que en santo lazo
quedemos hoy mismo unidos,
levanta el vuelo y marchemos

ante Júpiter divino,
á que en santo matrimonio
nos una.»—Pues ya te sigo—
le contestó la abubilla,—
y en union de los padrinos
(que eran merla y gorrion)
tuvo efecto *el sacrificio*.

Una vez que se casaron,
pudo observar el chorlito
que su esposa echaba olor
como de huevos podridos;
mas, como estaba casado,
sufrió su fatal destino
y la burla que le hicieron
las aves de fuente y rio.

¡A cuántos conozco yo
que, camastrones de oficio,
al casarse les pasó
lo que al infeliz chorlito.

El mono desobediente.

—

Vestido con gorro frigio,
frac de bayeta amarilla
y calzon verde con faja
hasta media pantorrilla,
al son de un mal organillo,
cierto mono repetía
en las calles y plazuelas,
multitud de monerías,
mientras su dueño á la gente
una limosna pedía.

Viendo el domador que al mono
el público le traía
manzanas, higos, tomates,
almendras y pastas finas,

le dijo:—«Mono, te advierto
que en este país se crian
unos pimientos chiquitos
y encarnados cual las guindas,
que aquel que los come rabia
en seco de lo que pican.
Te prohibo que las comas
y, por lo tanto, los tiras
y, no comiéndolos, sabe
que alargas mucho la vida.»
Al poco de oir el consejo
y mandato, una chiquilla
le regaló entre papeles
un pimiento de las Indias,
y atrevido el cuadrumano
lo sepultó en su barriga,
sufriendo el ardor y rabia,
que ocasiona una guindilla.
Desde que supe este hecho
tengo la mono manía,
que nadie se pone gordo
comiendo fruta prohibida.

El gorrion libertino.

—

Acostumbrado á la orgía,
á engañar y á seducir
á las inocentes hembras
naturales del país,
un gorrion libertino
daba mucho que decir.
Más valiente que el Tenorio
de Zorrilla, en fiera lid,
de un picotazo en los sesos,
al contrario hacía morir;
y mataba de este modo,

porque la guardia civil
le quitó en una refriega
tres dagas y un espadin,
y la licencia de armas
que le dieron en Madrid.
Cierto día, en una jaula
vió una deidad *gorrionil*,
y dijo:—«Como me míre
la enamoro, y... á vivir!»—
Empezó por requebrarla,
diciéndola:—«*¡Pío píí!*»—
Unica frase decente
que el tuno aprendió á decir,
y que equivale al piropo
de «Te quiero solo á tí.»
La enjaulada, dando rienda
suelta á su pasion febril,
repitió la misma frase
del galan, el *¡pío píí!*
y añadió:—«Mas considera
que yo no puedo salir
de esta jaula, que mi dueño
que sabe más que Merlin,
me recortó las dos alas,
al cojerme en su jardin,
y aunque está la puerta abierta,
de nada me sirve á mí.»—
—«En cambio yo volar puedo.»—
contestó el gran galopin.
y sin miedo á los azares,
voló, y dijo:—«Héteme aquí.»—
Mas la jaula era de trampa,
y en cuanto entró el infeliz,
la puerta quedo cerrada,
siendo imposible salir.
¡Cuántos al leer estos versos

que saco de mi magin,
dirán cariacontecidos:
«¡¡Lo mismo me pasó á mí!!»

El zorro chasqueado.

—

No sé por qué coincidencia
una gallina y un mico
estaban tranquilamente
en una cueva escondidos.
Un zorro, que varios dias
estaba con apetito
de comer gallina, supo
do estaban, y decidido
exclamó:—Llego, la agarro,
y con ella, en cuatro brincos,
cruzo valles y colinas
y me la como tranquilo.»—
El robo lo llevó á efecto,
pero no como habia dicho,
porque la noche, el recelo,
y sobre todo, el delito,
de tal modo lo cegaron
que, totalmente aturdido,
por llevarse la gallina,
huyó llevándose el mico.
¡A cuantos conozco yo
que en negocios no muy limpios,
por querer comer gallina
se han atracado de mico!

El lagarto arrepentido.

—

Un lagarto... muy *lagarto,*
del matrimonio enemigo,
gozaba del sol ardiente

junto á un romero florido;
cuando vió que, cabizbajo
y exhalando hondos suspiros,
en direccion al romero,
llegaba un conejo amigo.
El lagarto, muy amable,
le preguntó:—«¿Qué ha ocurrido
que vienes triste y lloroso
siendo tú alegre y festivo?
—«¡Que tengo malo á un pequeño!
¡al menor de mis tres hijos!—
contestó al punto el conejo,
y añadió:—«Pero he sabido
que con la flor del romero
le puedo dar el alivio,
y vengo para llevarla,
porque, si muere, colijo
que su madre caerá enferma
y seguirá igual camino.»
Al escuchar el lagarto
el relato de su amigo,
exclamó:—«Soy todo un sabio,
porque yo siempre he creido
que el matrimonio es la fuente
do manan grandes martirios,
y, por lo tanto, soltero
veré el fin de mi destino.»
—«¡Quiera Dios que no te pese
mañana cómo has vivido!»—
replicó el triste conejo,
yéndose á curar al hijo,
porque la flor del romero
curó al tierno gazapillo.
Pasados algunos meses,
una nube de granizo
al lagarto y al conejo

los cojió desprevenidos,
y casi muertos quedaron
los pobres animalitos.
Disipada la tormenta,
la coneja con sus hijos,
buscan y encuentran al padre,
le dan amparo y abrigo,
y, al rato, el pobre conejo
estaba restablecido.

El lagarto, muchas horas
gritó demandando auxilio
y, por faltarle el socorro
que disfrutaba su amigo,
murió diciendo:—«¡Dichoso
el que tiene esposa é hijos!»—

Aquellos camastronazos
que pudiendo ser maridos,
huyen del santo himeneo
por conservar su albedrío,
que piensen por qué murió
el lagarto arrepentido.

El hortelano y el gorrion

A la sombra de una higuera,
á fines del mes de Agosto;
un hortelano ensalzaba
unos higos muy hermosos
diciendo que eran más dulces
y más tiernos que el bizcocho.

Tan grato le era aquel fruto,
que añadió:—«Yo me los como.
el dia que se presentan
con el vestido bien roto,
rasgados de arriba á bajo,
mas sin faltar al decoro.»

Un gorrion, desde un sáuce,
lo estuvo escuchando todo,
y al ver los higos con rayas
blancas en el negro fondo,
díjo;—«Para que mañana
se los almuerce este tonto,
yo soy primero»; y al punto
se comió los más gustosos.
Aquel que tenga en su huerto
algun fruto apetitoso,
que no lo ensalce delante
de pájaros sospechosos.

La cordera descarriada

—

En una ocasion, tenian
en los campos de la Mancha
un lobo y una cordera
relaciones contrariadas.
El lobo, cuando podia
á su novia aconsejaba
que abandonase el rebaño
y que con él se marchara,
que de este mundo sería
libre, dichosa y amada.
Ella, olvidando las voces,
los consejos y amenazas
del pastor, que diariamente
le reprendía su falta,
en una noche lluviosa
abandonó la tinada.
No sé lo que fué más pronto,
si su muerte, ó su llegada,
porque el sanguinario amante,
hizo de su instinto gala,
y de la infeliz cordera

comió cuanto tuvo gana,
dejando el resto á otros lobos,
que á corta distancia aullaban.
La que, por viles consejos,
piense fugarse de casa,
que no olvide el fin que tuvo
la cordera descarriada.